

**EL MUNDO DEL TRABAJO Y EL PODER POLÍTICO.
INTEGRACIÓN, CONSENSO Y RESISTENCIA EN
LA CIUDAD DE MÉXICO A FINES DEL SIGLO XIX**

de Florencia Gutiérrez, México, D.F.,
El Colegio de México, 2011.

INÉS ROJKIND

Universidad de Buenos Aires / CONICET

El trabajo de Florencia Gutiérrez se articula en torno a la siguiente premisa: la relación con las clases trabajadoras urbanas operó como un factor importante en el proceso de construcción y afianzamiento del régimen político porfiriano, en México, entre fines de la década de 1870 y mediados de los años 90. El gobierno de Porfirio Díaz, sostiene la autora, supo capitalizar la fuerza numérica y la capacidad de movilización que poseían las organizaciones obreras, especialmente aquellas que bajo la impronta de la tradición mutualista agrupaban a artesanos y trabajadores manuales calificados en la ciudad de México. El complejo juego de negociaciones, imposiciones y resistencias que se plasmó en ese contexto constituye la materia central del libro. Y la minuciosa reconstrucción que realiza Gutiérrez de aquella trama de vínculos permite no sólo enriquecer el conocimiento que se tiene sobre un período evidentemente medular de la historia mexicana, sino asimismo iluminar algunas de las posibilidades que para el estudio de otras latitudes y otros

momentos ofrece el cruce entre historia social e historia política.

La autora asume, en efecto, el desafío de apostar por *una historia social con la política restituida*. Se trata de una opción que ha cobrado relevancia en los últimos años, en el marco de la saludable renovación de temas y perspectivas que vienen experimentando ambas vertientes del análisis histórico. De ese modo, la pregunta por las experiencias políticas de las clases populares y por el tipo de interacción que, en diversas coyunturas y en función de la defensa de sus intereses, establecían con el poder político se enlaza con el interrogante acerca del papel que cumplieron quienes ocupaban un lugar social subordinado en la construcción, reproducción y legitimación de ese poder. En la historiografía mexicana, a igual que en la argentina, no faltan ejemplos de cuán fructífero puede llegar a ser ese cruce, pero hay aún mucho terreno por explorar y la investigación de Florencia Gutiérrez así lo demuestra.

El libro se compone de siete capítulos,

agrupados en tres partes. Cada una de esas partes está dedicada a examinar una determinada dimensión de las relaciones que durante casi dos décadas se fueron tejiendo entre el gobierno de Díaz y el mundo del trabajo urbano. El abordaje de la autora busca rescatar –como ella misma señala– las complejidades y los matices que caracterizaron ese vínculo, combinando para ello perspectivas de análisis distintas pero complementarias. En la primera parte se estudian los mecanismos que instrumentaron las autoridades con el doble objetivo de garantizar la sujeción de las sociedades mutualistas a la autoridad del gobierno y de convertir las en uno de los fundamentos del régimen porfiriano. Gutiérrez muestra las dos caras de ese proceso. Por un lado, la preocupación que poseían los hombres del régimen respecto de la necesidad de ampliar las bases sociales de legitimación del poder de Porfirio Díaz, sobre todo en momentos en que se definía la suerte de sus aspiraciones reeleccionistas. Ese afán de capitalización política se conjugaba, por lo demás, con la inquietud por frenar la influencia de las ideologías contestatarias de izquierda entre los trabajadores mexicanos. La tradición mutualista y de filiación liberal que predominaba entre estos últimos aparecía, desde ese punto de vista, como un dique de contención y debía, en consecuencia, ser reforzada a través de una efectiva cooptación de las

organizaciones obreras. Por el otro lado, y en razón de la débil posición que estas organizaciones tenían en el escenario político, sus dirigencias se mostraban particularmente bien predispuestas para estrechar lazos con el poder político y aprovechar las ventajas que podían resultar de esos acuerdos.

Por lo tanto, el acento en esta primera parte del libro está puesto en el control que desde las esferas gubernamentales se procuró ejercer sobre la participación política de las clases trabajadoras y en el carácter, por lo general exitoso, de esas estrategias. Pero, uno de los méritos del trabajo reside en el esfuerzo que lleva a cabo la autora por encontrar y analizar también, junto con los ejemplos de asimilación y sujeción de los trabajadores urbanos al poder político, otros testimonios que –por el contrario– revelan la existencia de episodios de resistencia y confrontación con las autoridades. La segunda parte del libro considera, precisamente, algunos de estos episodios: protestas callejeras y motines en los que se involucraron artesanos y obreros, y cuyo estudio contribuye –por otro lado– a relativizar el supuesto, muy arraigado en la historiografía mexicana, acerca de la apatía que habría caracterizado al comportamiento de las poblaciones urbanas en el siglo XIX. El aspecto más interesante que Florencia Gutiérrez desarrolla en esta parte, además de la cuidada y vívida descripción que efectúa de la ocupación de las

calles con modalidades y sentidos contestatarios, es el que se refiere a las causas de las protestas y, en particular, a los móviles que llevaron a los trabajadores a participar en ellas. No se trataba, explica la autora, de reclamos o reivindicaciones sociales ni laborales, sino fundamentalmente de dos tipos de situaciones. Aquellas en las que la propia subsistencia de las clases populares urbanas parecía estar amenazada (como fue el caso del motín del níquel, en 1883), o bien circunstancias en las que las voces opositoras agitaban a la opinión pública, con denuncias acerca de la inoperancia o el despotismo con que procedían las autoridades (las demostraciones en repudio de la conversión de la deuda inglesa en 1884 y la movilización anti-reeleccionista de 1892). Por eso también la intervención de los trabajadores se concretaba en estos casos bajo la forma de alianzas con otros actores políticos y sociales, como estudiantes y periodistas. El análisis de Gutiérrez muestra, asimismo, cuál fue la respuesta que la elite gobernante aplicó frente a las protestas. La interlocución, que al comienzo pudo ser una opción, no tardó en ser sustituida por un uso cada vez más marcado de la fuerza: no sólo la represión directa de las manifestaciones opositoras, sino igualmente la censura, la persecución y el encarcelamiento de los adversarios con la finalidad de acallar las críticas.

En la tercera parte del libro, finalmente, el registro se modifica. La mirada se des-

plaza en los últimos dos capítulos hacia formas más cotidianas (pero no por eso menos significativas) de conflicto y de resistencia de los trabajadores urbanos frente a los embates de las autoridades. Lejos de alterar o enturbiar la argumentación, el cambio resulta positivo. Posibilita indagar en otras zonas de la existencia de los trabajadores (las condiciones de vida y laborales, las costumbres, las formas de expansión y de entretenimiento, etcétera) y ayuda de esa manera a terminar de distinguir las múltiples aristas de la relación que se fue forjando entre el mundo del trabajo y el poder político. El propósito de esta sección consiste, entonces, en reconstruir el contenido, los designios y también las consecuencias de ciertas iniciativas que el gobierno de Díaz puso en marcha en el marco de los proyectos «moralizadores y disciplinadores» con los que apuntaba a modelar, sostiene la autora, el comportamiento público y privado de las clases trabajadoras urbanas. Esos proyectos y las medidas con las que, en concreto, se pretendía motorizarlos seguían dos direcciones: por una parte, la preservación del orden público en la ciudad (una ciudad que debía ser, desde la perspectiva de la elite porfiriana, la ventana desde la cual exhibir al mundo las transformaciones que México experimentaba para convertirse en una nación moderna y cosmopolita) y, por la otra, el resguardo de la disciplina laboral mediante el establecimiento de cier-

tas pautas de conducta y la supresión de otras, vistas como disruptivas. Gutiérrez muestra que la implementación de disposiciones encaminadas en ambas direcciones no estuvo exenta de antagonismos y conflictos. Por el contrario, los trabajadores ensayaron diversas estrategias para hacer frente a lo que percibían como un atropello contra las prácticas y costumbres que definían su vida cotidiana.

El libro desarrolla, por lo tanto, desde distintos ángulos, una serie de problemáticas que hacen a las formas de intercambio, de subordinación y de antagonismo alrededor de las cuales se fue cimentando

el vínculo entre trabajadores y poder político durante la etapa de consolidación de la hegemonía porfiriana en México. El texto es ameno y atractivo en su lectura, sin por ello resignar la rigurosidad de la investigación histórica en la que se sustenta ni la profundidad de los debates que subyacen a la perspectiva de análisis escogida. Al respecto, conviene insistir en la relevancia que el trabajo de Florencia Gutiérrez adquiere en tanto es una feliz expresión de las oportunidades que ofrece una nueva forma de historia social que se nutre también de las preocupaciones y los temas de la historia política.